

RABBI JESUS

J. GODOY

A MODO DE INTRODUCCION Y AVANCE DE CONCLUSIONES

El título de «Rabbí», que el Evangelio atribuye a Jesús, lo presenta como plenamente integrado en la institución magisterial de su pueblo y de su tiempo. Pero creo que se pasa con excesiva ligereza sobre el alcance de la atribución de este título a Jesús por sus contemporáneos.

Me detendré, sobre todo, en uno de los posibles corolarios: la consideración con que Jesús trata al maestro por antonomasia de Israel, Moisés.

Enuncio desde ahora alguna de las conclusiones que pienso podrían derivarse de ello:

1. Porque supo hacerse «discípulo», el mejor de los discípulos, mereció ser el Maestro, el único (cfr. Fil 2, 6-11).

2. Nos mostró el camino más eficaz para hacer evolucionar, para transformar una situación: entrando en ella, integrándose en ella y, desde dentro, hacerla avanzar según el juego de sus mismas posibilidades. Frente a todas las prisas de rupturas adolescentes, ha señalado el camino del cambio en espíritu de madurez.

3. Constituido único Maestro, no por usurpación sino por herencia legítima de tradición, invita al catequista a imitar su

espíritu de fidelidad; en los momentos vacilantes en que todos los odres nos parecen viejos, es de interés destacar la actitud de Jesús: con muchos más motivos que nosotros podía sentir la tentación de arrumbar lo «viejo»; eligió el camino de la serenidad y del respeto, que resultó ser el de la mayor eficacia a largo plazo.

Sobre las implicaciones de esta fidelidad en el catequista me detendré en la segunda parte del artículo.

En la primera, intentaré destacar algunos aspectos de la postura de Jesús ante Moisés ¹. Pero antes miraré de aclarar el alcance del título de «rabbi» y por qué echo mano de él al hablar de «fidelidad».

EL TÍTULO DE «RABBI» Y SU APLICACION A JESUS.

1. *Sentido de esta palabra.*

El latín «senior» ha dado «señor», «sieur», «sir»; y «magnus» ha dado «magister», «meister»; así de la raíz hebrea «rabá» (ser grande) deriva rabbi» (mon-señor).

Esta raíz es empleada con frecuencia en el A. T.: como adjetivo o sustantivo, en sentido de «grande, jefe», unas 460 veces, y unas 150 en sentido de «muchedumbre, abundancia».

Aplicado a una persona, «Rab» tiene el significado de «grande», «distinguido».

2. *Breve recorrido histórico.*

El valor honorífico real del término ha variado mucho con las circunstancias de lugar y de tiempo.

Aún hoy se usa con frecuencia en las comunidades judías de Europa oriental como equivalente del «adoní» usado en Israel.

El sentido primitivo que convertía el término en testimonio de honra permanece latente por más que se haya diluido su fuerza, como en el uso del «señor» en nuestros ambientes.

1. Para esta primera parte, me inspiro a menudo en «Cahiers Sionniens» 8 (1954) 121-402, número extraordinario dedicado a Moisés; cito, previa traducción, con la sigla: C.S., seguida de la indicación correspondiente.

En cuanto a la palabra «rabino», derivado de la misma raíz, se usa hoy para designar al personaje clave en la enseñanza de la Ley.

Si intentamos remontar hacia los orígenes de la palabra «rab-bí» hallamos jalones bastante seguros.

Sherira Gaon ² ofrece un resumen de la evolución del empleo del título de «Rab».

La información fue conservada por Natán ben Jehiel, rabino italiano del s. XI, autor del Aruk, célebre diccionario de los targumim y midrashim.

En el s. VII, principio del período de los Geonim ³, «rab» unido a «mar» es el título que se da a los grandes Maestros de esta época.

Para mostrar el importante empleo del título en los primeros siglos de nuestra era, la Mishna ⁴ tiene un valor excepcional; es verdad que muchos de los datos ofrecen dificultad a la hora de señalarles una fecha precisa; pero no hay duda de que muchos de ellos son de la época de los Tannaim ⁵, fecha suficientemente aceptable para lo que intentamos mostrar.

La Historia judía muestra que también en los ss. I y II los grandes hombres se han honrado con este calificativo. El más célebre de ellos, Gamaliel I, el maestro de S. Pablo, era llamado más bien «rabbán». Vigouroux, en el Diccionario de la Biblia, trae la expresión siguiente para distinguir las variantes en el uso de la raíz: "*Maiores est rabbi quam rab, et maior est rabban quam rabbi*".

Después de Gamaliel I, se ha otorgado el mismo título a los Patriarcas.

Personajes célebres de los primeros siglos han llevado el nom-

2. C.S. 9 (1955) 314, nota 29.

3. La caída del imperio Sasánida y la conquista del país por los árabes es el punto de partida de una nueva era, la de los Geonim. El título de «Gaon», significaba «eminencia», «gloria» y se daba al presidente de las Academias judías de Babilonia.

4. La Mishnah es la recopilación, clasificada de cierto modo, de los principales elementos de la Tradición. La Mishnah, aunque redactada tardíamente (se estima que lo fue hacia fines del s. II d. de C.), contiene elementos muy antiguos.

5. Los Tanaim son los rabinos más ilustres desde la época bíblica hasta el principio del s. III d. de C.

bre de «rabbi»: R. Johanan ben Zaccai salvó la situación luego del desastre del 70; su sucesor, Gamaliel II ben Simón, prefirió, en cambio, el título de «Nassi» (príncipe) reconocido por los mismos romanos; R. Akiba ben Josef, el más célebre doctor de la Ley de principios del s. II, fue el animador de la sublevación judía de los años 132-135. Por fin, R. Meir, R. Simon ben Yohai y R. Judá el Grande, pertenecen a los últimos Tannaim.

En cuanto al uso corriente de la palabra en tiempos de Jesús se otorgaba ⁶ en esta época a los doctores de la Ley al saludarles o dirigirles la palabra. El sufijo «i» perdió paulatinamente su valor de pronombre de primera persona del singular, sobre todo cuando el título precedía al nombre propio. Poco a poco se generalizó su empleo y se aplicó no sólo a los doctores oficiales sino a cualquiera que juntara algunos discípulos para instruirles en la ciencia religiosa de Israel.

Pero ya es más difícil precisar la fecha de aparición de la palabra. El mismo autor añade: «No se puede señalar la fecha exacta en la que empieza a emplearse el término con este sentido particular... Los talmudistas estaban ya en desacuerdo sobre ello. Según la opinión más corriente hay que señalar el s. I a. de C. como el más probable».

También se reconoce la generalización del término al final del s. I, en «The Universal Jewish Encyclopedie» vol. 9, p. 48 s. ⁷.

3. Alcance del título en los primeros siglos cristianos.

Después de subrayar la intuición con que el Pueblo elegido aplicó al ministro de la Palabra un apelativo con resonancia de «grandeza», podría avanzarse, como hipótesis por lo menos, la afirmación siguiente: en los primeros tiempos cristianos se tuvo conciencia de la importancia de este título luego de su aplicación a Jesús; Jesús había dicho: «En cuanto a vosotros, no os hagáis llamar Rabbi, pues uno sólo es vuestro Rabbi y vosotros sois todos hermanos» (Mt 23, 8); en efecto, el Nuevo Testamento aplica el título tan sólo a Jesús. Otro dato que abunda en este

6. VIGOUROUX, *Dictionnaire de la Bible*, t. V, pp. 918-919.

7. Un interesante estudio de la misma palabra en A. SCHUTZ, *Jünger des Herrn*, Kösel-Verlag, München 1963. (Primeras páginas y notas).

sentido se nos ofrece en el Diálogo de Justino con Trifón, aproximadamente un siglo más tarde ⁸.

El santo procura presentarse como buen conocedor de cuanto atañe al pueblo judío; sin embargo sólo una vez emplea el término «rabbí», para aplicarlo a la cita de Jesús señalada más arriba; en los demás casos, al referirse a los doctores judíos, prefiere el equivalente griego de «didaskaloi».

Nos parece que el título alcanza su sentido «plenior», la cumbre para la cual parecía haber nacido, cuando Cristo lo acepta y se lo apropia.

4. *Jesús acepta y se apropia el título de "rabbí".*

Juan es el evangelista que le aplica con más frecuencia el término en su raíz hebrea: 8 veces; Mateo, 4; Marcos, 3. Lucas no lo emplea en esta forma sino en su equivalente griego: «didáscalos»; frente a 12 veces en Mateo; 9 en Marcos; 8 en Juan.

El pasaje que más fácilmente permite el paso de equivalencia entre el hebreo y el griego está en Jn. 1, 38: «rabbí, ó didáscale»; algunos manuscritos especifican: «rabbí, que dice traducido, didáscale».

A veces la expresión se desliza al arameo: «rabboní, rabbuní» (Mc. 10, 51; Jn 20, 16).

A pesar de esta equivalencia entre la voz griega y la hebrea, para estudiar esta aplicación del título a Jesús me ceñiré casi exclusivamente a los empleos en la raíz hebrea.

Desde el inicio de su misión apostólica vemos a los discípulos honrarle con este título. Y en el primer encuentro le dice Juan: «Rabbí ¿dónde vives?» (Jn 1, 38). Unos días más tarde, según la cronología de Juan, Natanael se muestra admirado por la ciencia de Jesús: «Rabbí, tú eres el Hijo de Dios! Tú eres el Rey de Israel!» (Jn. 1, 49).

El empleo del término parece hacerse habitual entre los discípulos: «Rabbí, come» (Jn 4, 31); «Rabbí» es el saludo que pre-

8. *Diálogo de San Justino, filósofo y mártir, con el judío Trifón*. BAC, n. 116,

cede al beso del traidor (Mc. 14, 45) y la exclamación espontánea de Magdalena ante el resucitado (Jn. 20, 16).

El público acepta el vocabulario de los discípulos: así lo llama el ciego que pide su curación a gritos ante la puerta de Jericó (Mc 10, 51) o el hombre que busca una mayor perfección (Mt 19, 19; Mc 10, 17-18); los recaudadores de impuestos (Mt 17, 24-26) y el público insolente que quiere una señal (Mt 12, 38): para todos ellos Jesús se presenta como «Rabbí».

Las autoridades religiosas de Israel no le discuten el título: Nicodemo, «uno de los notables de Israel» ha tenido tiempo de preparar la frase con que iniciará la entrevista comprometida: «Rabbí, sabemos que has venido como «didáscalos» de parte de Dios» (Jn. 3, 2). Jesús le corresponde con la misma consideración en el tratamiento, pero el evangelista prefiere emplear en este caso el término griego: «Tú eres "didáscalos" en Israel e ignoras esto?» (Jn. 3, 10).

En las apretadas discusiones que se suceden a lo largo de Marcos 12, tanto los fariseos como los saduceos o el escriba le llaman «rabbí»; lo mismo los acusadores de la adúltera (Jn. 8, 4).

Jesús acepta el título en el sentido de base que puede tener en su ambiente porque le corresponde.

No le gusta que le llamen «Mesías» antes de que llegue «su hora»; pero su criterio parece otro por lo que se refiere a «rabbí»; dice a sus discípulos: «Les gusta ser llamados "rabbí" por la gente; pero vosotros no os hagáis llamar "rabbí", porque tenéis un solo didáscalos» (Mt. 23, 7-8). En la última cena recalca: «Me llamáis didáscalos y señor; y decís bien porque lo soy» (Jn 13, 13).

Aún hoy el título es aplicado con amor por el pueblo judío a Moisés: «Moisés, nuestro Maestro» (moshé rabbenu).

El Maestro por antonomasia, para ellos como para nosotros, es aquel que con más propiedad trae a los hombres la Palabra de Dios y la pone al alcance. Para el Pueblo de Dios, Dios y su Palabra ocupan el primer lugar en la jerarquía absoluta de valores y con relación a ellos se establece la jerarquía de las personas y de los títulos que se les deben atribuir. Para los catequistas es particularmente interesante comprobar que Jesús eligió su gloria particular por este camino del Magisterio de la Palabra.

A los 12 años Jesús manifiesta en qué sentido ha de orientarse

su misión (Lc 2, 46-47). El Bautismo es la unción solemne de Jesús por el Espíritu en vista a esta misión primordialmente profética⁹.

La voz del Padre se hace como el eco de las solemnes admoniciones del Deuteronomio: «Escuchadle!» (Mt. 17, 5-6).

Poco después Jesús quiere reafirmar solemnemente el sentido de esta unción magisterial por el Espíritu; lee solemnemente en la sinagoga de Nazaret:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, y así me ha consagrado por su unción, y me ha enviado a llevar la Buena Nueva a los pobres... Hoy se cumple este oráculo ante vosotros» (Lc. 4, 16-22).

Ante el hombre pobre, ciego, desamparado, se presenta el único que tiene Palabras de Vida eterna; porque la raíz misma de la angustia del hombre tiene forma de interrogación, la luz que Dios envía tiene forma de Palabra.

No vamos a detenernos sin embargo en las riquezas de salud que hay en la doctrina de Rabbí Jesús (es toda la teología cristiana) sino en la nota que hemos señalado al principio de estas líneas: la noble fidelidad de Jesús a un contexto desde el cual realizará su fidelidad al Padre.

Esta fidelidad de Jesús a su contexto de enseñanza se nos aparecerá de modo interesante a través del estudio de la relación entre Jesús y Moisés, las dos personas a quienes sus respectivos discípulos han aplicado con más propiedad el título de «Rabbí».

I.—JESUS Y MOISES

1. ¿QUE REPRESENTA MOISES PARA EL JUDAISMO?

Si Abraham recibe el título de «Nuestro Padre», se atribuye a Moisés el de «Nuestro Maestro», como ya indiqué¹⁰, título que siempre se le ha reconocido.

La tradición rabínica le atribuye un lugar central en la histo-

9. El P. I. de la Potterie muestra, en un interesante artículo, la polarización del Evangelio según San Lucas en el sentido de esta unción profética.

10. Cf. C.S. 8 (1954) 92 ss.

ria de la salvación y toda su misión está dominada por el don de la Torah. Moisés es el mediador entre Dios e Israel y lo es sobre todo porque transmite a Israel la Ley y le enseña a guardarla. El es el punto de partida de todas las instituciones divinamente otorgadas a Israel. Su acción —la acción divina de la que es instrumento, un instrumento, manso, humilde y eficaz—, dejará para siempre su huella en la existencia de Israel.

Entre los Esenios, en el dintel del Nuevo Testamento, se rodeaba a la persona y a la obra de Moisés de una veneración extraordinaria. Quien blasfemara el nombre del Legislador era reo de muerte y estaba prohibido pronunciar el nombre de la Ley de Moisés en los juramentos por el mismo motivo que prohibía pronunciar los Nombres divinos ¹¹.

La serie de tragedias que desde entonces han ensombrecido la Historia del Pueblo de la Torah no ha disminuido su veneración por Rabbí Moisés. Cito un fragmento que aún en nuestros días es rezado en la sinagoga después de las bendiciones finales:

"...Ve, Moisés, alégrate en tu grandeza, pues nadie entre los profetas puede compararse contigo. ¿Quién jamás, como tú, ha subido al cielo? ¿Quién ha contemplado la aparición de nuestro Dios? Moisés, el que subió entre nubes, él ha visto la aparición de nuestro Dios. Moisés, nuestro Maestro, el príncipe de los príncipes, el padre de los sabios, el señor de los profetas" ¹².

En nuestros días, Doris Donath hace notar: «No es indiferente que la última recomendación del último de los profetas sea: "Acordaos de la Ley de Moisés, mi siervo" (Mal. 3, 22). Desde siempre el Judaísmo se ha definido y apretado alrededor de Moisés, su Maestro» ¹³.

11. C.S. 8 (1954) 76.

12. C.S. 8 (1954) 341-342.

13. «Christus» 24; cita de Evidences, n. 53.

2. POSTURA DE JESUS ANTE LA PERSONA Y LA OBRA DE MOISÉS.

Ningún judío honró jamás tanto ni mejor a Moisés como Jesús, puesto que quiso tenerlo a su lado en el glorioso episodio de su Transfiguración. La trascendencia de este momento en el conjunto de la Revelación se nos recuerda en la segunda epístola de San Pedro (2 Pe. 1, 16-18).

Jesús quiso que su fiel siervo Moisés viera de nuevo, en la santa montaña, su gloria cara a cara. Lo quiso como testigo ante las columnas de la Iglesia para manifestar la unidad del designio de Dios (Lc. 9, 30-31).

Moisés fue también, en sus escritos, el testigo perpetuo de Jesús: «Escrutáis las Escrituras: ellas dan testimonio de mí» (Jn. 5, 39). Por esto Moisés será el acusador de quienes no supieron leer su testimonio: «No penséis que yo os acusaré ante el Padre. Vuestro acusador será Moisés, en quien tenéis puesta la esperanza. Porque si de verdad creyeráis en Moisés, también creeríais en mí, porque de mí ha escrito. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo podréis creer en mis palabras» (Jn. 5, 45-47).

Para acreditar su magisterio, Jesús no ha tenido necesidad de disminuir la importancia de la obra de Moisés; al contrario: ha venido para llevar a su meta sublime la obra tan bien empezada por Moisés (Mt. 5, 17-19).

Moisés y los profetas le parecen testigos ampliamente suficientes para llevar a los hombres por el camino de la salvación: «Si no escuchan a Moisés ni a los Profetas, tampoco harán caso aunque resucite un muerto» (Lc. 16, 31).

Se queja de las transgresiones contra la Torah: «¿No os ha dado Moisés la Ley? Y ninguno de vosotros la cumple!» (Jn. 7, 19).

Y si los transgresores son quienes debieran dar ejemplo no teme reprenderles ante el pueblo: «Los escribas y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés...» (Mt. 23, 1-3).

Cuando éstos intentan apoyarse en Moisés para justificar su conducta matrimonial, Jesús defiende a Moisés con vehemencia: «Si Moisés escribió esto fue por culpa de la dureza de vuestro carácter» (Mt. 19, 3-6).

En el mismo tono impide a los saduceos ridiculizar la Ley con exégesis estrechas: «Estáis en el error porque desconocéis las

Escrituras y el poder de Dios... ¿No leéis en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza...?» (Mc. 12, 24-26).

Denuncia con dureza las tradiciones falsamente llamadas santas que anulan la fuerza de la Ley: «...Porque Moisés ha dicho: Honra a tu Padre y a tu madre. Y: Quien maldiga al padre o a la madre será reo de muerte. Pero vosotros decís...; y anuláis la palabra de Dios por vuestra tradición. Y así en muchos otros casos» (Mc. 7, 9-13).

Sin embargo el culto que el ambiente de Jesús profesaba a Moisés no tuerce la postura exacta de Jesús, y en él se integran el respeto y el amor al gran Legislador con la conciencia de su superioridad divina. Los discípulos tendrán que aprender poco a poco a buscar la armonía entre afirmaciones como éstas: «Moisés hablaba con Dios cara a cara, como un amigo con su amigo» (Ex. 33, 11); y: «Nadie ha visto al Padre fuera del que viene de Dios: éste ha visto al Padre» (Jn. 6, 46-47).

En cuanto al hecho capital de la revelación del Nombre, cumbre de la manifestación de Dios a Moisés (Ex. 3), Jesús aclara en un momento decisivo de su vida: «He manifestado tu Nombre a los que has sacado del mundo para dárme los» (Jn. 17, 6). «Les he revelado tu Nombre y se lo revelaré, para que el amor con que me has amado esté en ellos y ellos en mí» (Jn. 17, 26).

Pero estas rectificaciones-complementos los apóstoles tendrán que ir entendiéndolas progresivamente, como si Jesús tratara con miramiento de amigo la imagen ideal que de Moisés tenían los suyos.

3. JESUS RECAPITULA EN SU VIDA LA VIDA Y LA OBRA DE MOISES.

Esta recapitulación constituye un homenaje de Rabbí Jesús a R. Moisés, superior si cabe al testimonio de sus palabras.

Me detendré sobre todo en dos temas capitales; los contemporáneos de Jesús creían que el Mesías se presentaría como nuevo Moisés; Jesús aceptó esta creencia y los dos temas que señalo resultan una maravillosa recapitulación de la persona y de la obra de Moisés: El Exodo y el Siervo de Javé.

a) *El tema del Exodo.*

Nunca fue tan esperado un «nuevo Exodo», parece, como en los años próximos al cristianismo. La comunidad esenia de la Alianza estaba precisamente organizada según esta idea. La huida al desierto, la permanencia de unos cuarenta años en el país de Damasco, la organización del pueblo en esta marcha idealizada, reflejan la fuerza de esta espera.

En los momentos de mayor efervescencia nacionalista las ideas mesiánicas de éxodo cobran matiz más concreto y violento; más de una vez aparecen líderes exaltados que arrastran grupos importantes al desierto prometiéndoles las maravillas victoriosas del Exodo primitivo. Josefo menciona a Teudas el profeta egipcio. El discurso escatológico de Mateo parece evocar estos acontecimientos repetidos: «Si os dicen: He aquí al Mesías... Está en el desierto! No vayáis!» (Mt 24, 25).

Conviene caer en la cuenta de la realidad de estos éxodos; cualquiera que sea la complejidad de sus motivos, religioso, político o mixto, se da el caso de grupos que se dirigen al desierto impulsados por la imagen idealizada de aquella marcha de liberación del pueblo Judío acaudillado por Moisés ¹⁴.

Poco trabajo ha de costarnos comprobar cuánto quiso entrar Jesús por el camino de esta imagen corriente en su época.

En el momento de inaugurar su misión «el Espíritu le empuja al desierto» (Mc. 1, 12); Mateo añade el detalle del ayuno de cuarenta días y cuarenta noches (Mt. 4, 2) que subrayará más todavía la semejanza con Moisés; Lucas dirá que es conducido «a través del desierto» según algunos manuscritos ("*eis ten*" en vez de "*en te*") (Lc. 4, 1).

Al narrar estos hechos los evangelistas sin duda recuerdan el doble relato del Exodo; el primero en Ex 24, 18 y sobre todo el segundo, en Ex 34, 28: después de romper las primeras tablas de la Alianza, Moisés vuelve a subir al monte, indicando que «Moisés permaneció con Yavé cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber».

14. C.S. 8 (1954) 140 ss.

Podemos fijarnos también en el lugar privilegiado que se concede a esta permanencia en el desierto. En Mateo precede, por lo menos en el texto, si no cronológicamente, a la amplia exposición en que Jesús promulga la Ley evangélica; en Marcos, el desierto se sitúa en el principio, entre el bautismo de Juan y la predicación de Jesús; en Lucas precede también al ministerio de Jesús.

No es pues de extrañar que Jesús deje a las muchedumbres seguirle al desierto (Mc. 1, 45).

El desierto es el lugar ecogido para la doble multiplicación de los panes; en este caso las coincidencias de los sinópticos (Mt. 14, 13-23; 15, 32-38; Mc. 6, 35-36; 8, 1-11; Lc. 9, 10-17) quedan reforzadas por el testimonio de Juan quien consigna con fuerza las alusiones expresas al Exodo (Jn. 6, 31-32; 6, 49-50).

Después de este milagro Jesús es rechazado por un gran sector de los que le seguían (Jn. 6, 67-72), del mismo modo que Moisés en el desierto tuvo que sufrir la continua rebelión de los suyos.

b) *Tema del Siervo de Yavé.*

El Siervo aparece desde el comienzo como Profeta, y es notable su semejanza con Moisés; como Moisés, transmite la Palabra de Dios; como él, trae a Israel la Torah y el Mishpat para las naciones. A semejanza de Moisés, mediador y hombre de la Alianza, el Siervo es mediador de una Alianza que alcanza más allá de las fronteras del Pueblo, a la humanidad entera. Podría compararse también la intercesión del Siervo con la de Moisés en favor del pueblo culpable; a la intercesión añade el sacrificio expiatorio y el ofrecimiento de su vida por los pecadores.

Jesús asume el mismo tema: lo insinúa a un hombre entendido en Escritura al relacionar su sacrificio con un tema de la vida de Moisés: «Del mismo modo que Moisés levantó la serpiente en el Desierto, así ha de ser levantado el Hijo del hombre» (Jn. 3, 14-15).

Y ya más cerca de su consumación, Jesús insiste sobre este símbolo de redención: «Cuando haya sido levantado atraeré todo a mí» (Jn. 12, 32).

En los relatos de la Pasión, tras la dura sobriedad narrativa,

parecen adivinarse, como telón de fondo, los ecos del largo mi-drash en que el pueblo de Israel contemplaba la muerte de Moisés¹⁵.

Como Moisés, sobre el monte santo, entregará Jesús, Siervo paciente, su espíritu a su Padre. Aun el cataclismo que acompaña la muerte de Jesús evoca los relatos en los que se presentaba la muerte de Moisés; por ejemplo el fragmento siguiente del "*Liber Antiquitatum Biblicarum*" del Pseudo-Filón:

*"Los ángeles lloraron su muerte. Rayos y relámpagos la precedieron. En aquel día no se cantó el himno de los ejércitos celestiales a causa de la muerte de Moisés. No hubo día semejante desde que Dios creó al hombre sobre la tierra y no habrá otro igual, un día en que el himno de los ángeles se detenga por causa de los hombres"*¹⁶.

c) *Otros temas.*

Además de estos temas capitales podrían ofrecerse múltiples datos evangélicos en que Jesús parece querer mostrarse como Mesías-nuevo-Moisés:

He recordado ya la revelación del Nombre de Dios, en el cap. 17 de San Juan; el misterio de la Transfiguración en el que la nube, la voz del cielo, la luz, el recuerdo del «Shema» y la presencia de Moisés constituyen un conjunto impresionante.

Podría completarse todavía con las palabras indignadas de Jesús al bajar del Tabor (Mc. 9, 13-19), palabras que se entienden mejor si se comparan con la cólera de Moisés al comprobar la idolatría y la dureza de corazón de los suyos.

Jesús manda sobre las olas (Mt. 8, 23-27; Mc 4, 39) y se abre camino en el mar cuando llega de noche a tranquilizar a los suyos (Mt. 14, 23-24; Mc. 6, 47-52; Jn. 6, 16-21).

Sus apóstoles, escogidos por él, son doce (Mt. 9, 1-4; Mc. 3, 14-16); setenta y dos son los discípulos que han de ayudarle en su ministerio (Lc. 10, 1-12); les envía de dos en dos delante de

15. Puede verse este maravilloso texto en C.S. 8 (1954) 131-138.

16. C.S. 8 (1954) 92.

él para preparar la tierra que ha de conquistar por su palabra (Mt. 10, 5-15; Mc. 6, 7).

Jesús se presentó como auténtico Rabbí de Israel; no por ello necesitó disminuir el mérito ni la autoridad de Moisés; mostró así que la caridad tiene no sólo una dimensión geográfica; que también es «prójimo» el que nos ha precedido por los caminos del tiempo: Jesús amaba a Moisés; en el ejemplo de Cristo comprendemos que la fidelidad a una tradición puede ser forma de caridad. Jesús no fue legalista; pero tampoco vino a destruir la Ley sino a llevarla a su perfección.

Por esto puede pedir a sus catequistas le sigan por este camino difícil de la fidelidad.

II.—LA FIDELIDAD DEL CATEQUISTA A R. JESUS

R. Jesús se nos ha mostrado en cierta faceta de fidelidad a R. Moisés; ello no debe escandalizarnos si concedemos a la palabra «fidelidad» las resonancias de su riqueza bíblica ¹⁷:

En este sentido fuerte, el primer analogado no es el **hombre** sino el mismo Dios.

1. ALGUNOS ASPECTOS DE ESTA FIDELIDAD DE DIOS.

Dios es fiel a sus amigos, fiel a su Alianza y prueba su fidelidad por el cumplimiento de sus promesas.

Para facilitar la aplicación al catequista, podríamos generalizar dichas afirmaciones en la forma siguiente:

- a) *Se es fiel a alguien.*
- b) *Se es fiel a algo (promesa, compromiso, doctrina...).*
- c) *Se prueba la fidelidad con las obras.*

17. Cf. «Apuntes» 2 (1968) 162.

a) *Se es fiel a alguien.*

«Como Moisés fue fiel a los de su casa, Cristo ha sido fiel al que lo constituyó; y por esto la gloria de Cristo es superior a la gloria de Moisés cuanto la gloria del constructor sobrepasa la de la casa. Así nosotros hemos de aprender de Cristo, apóstol y sumo pontífice de nuestra profesión de fe» (Heb. 3, 1-2).

En el punto de arranque de la Alianza está la fe de Abraham: «Habiendo hallado un corazón fiel (Abraham) ante ti, hiciste alianza con él» (Neh. 9, 8).

Abraham, Moisés, Cristo, son una epifanía, como una condensación visible de este atributo de Dios: que, por su fidelidad, no permite que nadie sea probado más allá de sus posibilidades» (1 Cor. 10, 13); porque es fiel nos guarda de Satanás (2 Tes. 3, 3) y nos permanece fiel una vez que nos ha llamado (1 Tes. 5, 24).

Nosotros respondemos tratando de imitarle y nos alegramos de que confíe en nuestra fidelidad (cf. 1 Tim. 1, 12).

Nuestras infidelidades hieren el corazón de Dios (Sal. 78, 8); pero, por más que se acumulen éstas, no podríamos apagar la fidelidad de Dios: «Si nosotros somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Tim. 2, 13).

b) *Se es fiel a algo (promesa, compromiso, doctrina...).*

Jesús, en su mismo «ser para nosotros», es el testigo de la fidelidad de Dios a sus promesas: «Te canto y celebro tu Nombre; porque has realizado tu maravilloso designio, mucho tiempo preparado, verdadero y verídico» (Is. 21, 1). Hacia el principio y hacia el final del Apocalipsis queda Jesús definido como *el "Amén", el fiel, y verdadero, el testigo fiel*: la fidelidad en su raíz semítica (AMN) se hace Nombre suyo (Apoc. 3, 14; 19, 11).

Esto era necesario para que la raíz de nuestra vocación cristiana, que es vocación a la fe, descansara en esta fidelidad de Dios a sus promesas (Heb. 10, 23); fidelidad a la que nosotros miraremos de corresponder con nuestra fidelidad en lo poco y en lo mucho (Lc. 16, 10-11), a ejemplo también de Moisés, fiel testigo de lo que había de anunciarse (Heb. 3, 5).

Esta fidelidad perfecta es el alma de la Tradición: «Lo que has aprendido de mí, ante la confirmación de numerosos testigos, confíalo a hombres fieles (*pistois*) aptos para, a su vez, instruir a otros» (2 Tim. 2, 2).

c) *La fidelidad se prueba con las obras.*

Así invitaba Moisés a que su pueblo lo reconociera: «Yavé te hizo salir con mano poderosa y te libertó de la casa de servidumbre, del poder del Faraón, rey de Egipto. Así conocerás que Yavé es el Dios verdadero, el Dios fiel, que guarda su alianza y su amor durante mil generaciones para quienes le aman y guardan sus preceptos» (Dt. 7, 8-9).

Así lo confiesa solemnemente Salomón (cf. 1 R 8, 16 y en varios momentos de Cr. 1 y 2).

Toda la vida de Jesús se nos muestra como el fiel cumplimiento por su parte de la obra que le ha confiado el Padre: «El que me ha enviado está conmigo; y no me ha dejado solo porque siempre cumplo su voluntad» (Jn. 8, 29). En la «oración sacerdotal» proclama: «He cumplido la obra que me habías encomendado» (Jn. 17, 4). Ha querido que sus últimas palabras fuesen una lección máxima de fidelidad: «Cuando Jesús hubo probado el vinagre, exclamó: Todo está cumplido! Luego inclinó la cabeza y entregó su espíritu» (Jn. 19, 30).

En esto le seguirán sus discípulos, pues lo que se pide a un administrador de la Palabra es que sea hallado fiel (1 Cor. 4, 2); esta fidelidad será el motivo de su coronación: «Permanece fiel hasta la muerte y te daré la corona de vida» (Ap. 2, 10).

Una mística de fidelidad debiera ser como un empeño fundamental en el catequista; a imitación de Dios en toda la Historia de la Salvación, de todos los ejemplos máximos de los santos del Antiguo Testamento (cf. Heb. 11) y sobre todo a ejemplo de Rabbí Jesús «Señor de nuestra fe que la lleva a su perfección» (Heb. 12, 2).

2. ALGUNOS ASPECTOS DE LA FIDELIDAD DEL CATEQUISTA.

Aunque el catequista, siguiendo el consejo de su Señor, reserve para Cristo el apelativo de Rabbí, él también de algún modo ha sido constituido en esta misma dignidad; el catequista es también Maestro, con todo lo que este título supone de dignidad desde los lejanos contextos bíblicos; pero también con lo que exige de fidelidad, como cualidad radical de su misión, según testimonio de R. Jesús, el cual, siendo de dignidad igual a Dios, no rehusó tomar apariencia de discípulo, mostrándose fiel a la tradición en que se había encarnado... (cf. Fil. 2, 6-8).

Nos detendremos tan sólo en tres notas que debieran caracterizar la fidelidad del catequista:

- a) *El catequista es fiel a la persona de Jesús.*
 - b) *El catequista es fiel al pensamiento, a los criterios de Jesús.*
 - c) *El catequista muestra su fidelidad con sus obras.*
- a) *El catequista es fiel a la persona de Jesús.*

Jesús mismo planteó claramente la urgencia de esta fidelidad de persona a persona que debe caracterizar la relación de sus discípulos con él; señalemos algunos textos:

«Quien no está conmigo está contra mí y quien no recoge conmigo desparrama» (Mt. 12, 30). Ninguna dificultad debe ser obstáculo suficiente para enturbiar esta fidelidad: «Seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero quien haya aguantado hasta el fin, éste se salvará» (Mt. 10, 12). Siempre dispuestos a todos los riesgos: «Quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mi causa, la hallará» (Mt. 16, 25); dispuesto a sacrificar los amores más entrañables para permanecerle fiel: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí» (Mt. 10, 37).

Pero el fiel siervo no sobrepasará nunca en generosidad al que le ha llamado: «Quien por mi causa haya dejado casa, hermanos, hermanas, padre, madre, esposa, hijos o campos recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna» (Mt. 19, 29). Tiene la garantía de la «Historia de la fidelidad de Dios» que es toda la

historia de la salvación, que culminará en el último testimonio solemne: «Quien me haya confesado ante los hombres, también yo le confesaré ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 32-33).

La primera prueba con que el catequista ha de manifestar su fidelidad a la persona de Jesús, son sus palabras, porque «del sobrante del corazón hablan los labios» y «por nuestras palabras hemos de ser justificados o condenados» (Mt. 12, 34. 37)... Si en las palabras del catequista no se hiciera prácticamente mención de Cristo, ¿podría hablarse realmente de fidelidad?

Un modelo extraordinario de esta presencia de la persona de Jesús como referencia fundamental en las palabras del catequista nos lo ofrecería el análisis de algunas epístolas de San Pablo; por ejemplo la epístola a los Colosenses.

Se trata de una de las epístolas más breves; sin embargo en ella se menciona a Jesús más de 65 veces. El fiel discípulo que es Pablo no cesa de descubrir nuevos nombres para iluminar alguna riqueza de la persona de Jesús: el *Señor*, el *Señor Jesús*, el *Hijo bienamado*, la *Imagen de Dios Invisible*, el *Primogénito de toda la Creación*, *Cabeza de la Iglesia*; en El habita la Plenitud de la Divinidad, es el Señor de todo Principado y Potestad, Cristo Jesús!

Ya hable de dogmática, de moral, de pastoral, el misterio de Cristo está siempre en el centro de su doctrina.

Quiere que la palabra de Cristo permanezca en ellos con abundancia (Col. 3, 16), este Cristo que él les anuncia (1, 28), «Cristo, tal como lo recibisteis: Jesús, el Señor; en él tenéis que caminar, enraizados y edificados en él» (2, 6-7), porque todo lo demás, por excelente que sea, no es más que la sombra de lo que ha de venir: la realidad, es el cuerpo de Cristo (2, 17).

A estos héroes de la pastoral que, fieles al soplo del Espíritu, han establecido los principios de toda catequesis, debe referirse siempre el catequista en su acción.

Por esto desconcierta la actitud de algunos catequistas que hablan y hablan, saben infinidad de cosas sabias, no paran de exhibir su ciencia; pero prácticamente, la referencia a la persona de Jesús está ausente de su catequesis o se da en una proporción ínfima comparada con otros temas. Si son fieles a alguien, uno se pregunta a quién.

Esto puede sucederles por haberse encariñado más bien con una doctrina que con una persona; quizá se trate de una tentación más propia de adultos o principiantes de madurez, algo escarmentados de lo movedizo de la afectividad inherente a toda relación personal; temerosos de que este tipo de resonancias desvirtúen la cruda claridad de la doctrina fría, objetiva... Fruto de ello son los pastores que rehuyen el compromiso hondo, porque es difícil jugarse algo, fuera de palabras, por una «doctrina».

Para el catequista que entiende lo que es fidelidad a la persona de Cristo, este tipo de relación personal con el único Maestro se hace fuente de libertad y personalización; la seguridad que le ofrece el que es el «Amén», el «Fiel», es también su gloria.

Seguridad, gloria y también paz para su espíritu, porque en la persona de Cristo halla la síntesis perfecta en la verdad.

Pero existen otros frutos de esta fidelidad del catequista a la persona de Jesús: comprobar en sus catequizandos el amanecer de una relación personal seria con Jesús: «Hijitos míos, que engendro de nuevo en el dolor hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gáal. 4, 19). «Pues aunque tuvierais miles de pedagogos en Cristo, no tenéis varios padres puesto que yo soy quien por el Evangelio os engendré en Cristo» (1 Cor. 4, 15). Sólo quien permanezca junto a Cristo produce fruto (Jn. 15, 5).

b) *El catequista es fiel al pensamiento, a los criterios de Jesús.*

El espíritu de fidelidad de R. Jesús le permitió la integración perfecta de toda la doctrina de la Torah en su Mensaje sin alterar ni el espíritu del A. T. ni la autenticidad de su testimonio.

Esto supone, al aplicarlo al catequista, una de las más importantes exigencias de la pastoral de hoy: ser fiel a su tiempo, a nuestro hoy, y ser fiel a Jesucristo; esfuerzo en el que nunca se habrá alcanzado una meta de sosiego pero al que debe apuntar con todas sus fuerzas.

Sin embargo, la distancia entre los extremos que ha de integrar el catequista queda muy corta comparada con lo que el Padre pidió a Cristo: en el lenguaje de teología elemental, mezclado con los factores sociológicos de su tiempo, supo Cristo entranar la luz que traía de junto al Padre.

La gran tentación será siempre, no tanto la traición a nuestro

tiempo, sino de algún modo la infidelidad al criterio de Jesús.

Para superarla debe esforzarse el catequista en que con la mayor naturalidad su propio pensamiento transparente el pensamiento de Cristo; esto supone la meditación exigente del Evangelio. Polarizado su criterio en Cristo, debiera poder repetir, con mayor motivo que el traductor del Eclesiástico en su prólogo: «La Ley, los Profetas y los demás escritores que les han sucedido nos han transmitido grandes lecciones, gracias a las cuales nunca se felicitará bastante a Israel por su ciencia y su sabiduría; ...y es un deber no sólo adquirir la ciencia por la lectura sino además, una vez instruido, ponerse al servicio de los de fuera por nuestras palabras y nuestros escritos» (Ecco prol. 1-6).

Sin este espíritu de verdadero «escriba» (cf. Ecco. 39, 1-11) el catequista no llegará a independizarse de la «sabiduría de este siglo... que no ha podido impedir a los príncipes de este mundo crucificar al Señor Jesús» (1 Cor. 2, 6-8).

Necesita una auténtica conversión ideológica total si quiere ser fiel al pensamiento de R. Jesús, pues «Dios ha decidido salvar a los fieles por la locura de la predicación cristiana puesto que el mundo no ha sabido en «su sabiduría» reconocer a Dios en la sabiduría de Dios» (1 Cor. 1, 21).

Esta «regeneración ideológica» dará al catequista el «poder comprender, con todos los santos, cuál sea la anchura la longitud, la altura, la profundidad, conocerá el amor de Cristo que sobrepasa toda ciencia» (Ef. 3, 18-19).

Esta convicción profunda le permite superar miedos y complejos de inferioridad, y le ayuda a situar todo método en el puesto de auxiliar relativo.

Sin embargo esta fidelidad a la persona y al pensamiento de Jesús trae naturalmente una última nota que la garantiza; no fuera a suceder que, luego de haber predicado y echado demonios en nombre de Jesús, fuese rechazado (cf. Mt. 25, 11; 7, 22; Lc. 13, 25; 13, 27).

c) *El catequista muestra su fidelidad con sus obras.*

El catequista es enviado por su obispo para cumplir la tarea episcopal más importante: la catequización; a la hora de refle-

xionar sobre el tipo de conducta que se le pide, puede resultar interesante aplicar al catequista lo que el Espíritu del Señor pide en este sentido al obispo; podemos realizarlo a través de un midrash de los primeros capítulos del Apocalipsis: las advertencias a los ángeles de las siete Iglesias, lo que se les exige para que verdaderamente puedan llamarse testigos fieles de R. Jesús, el Amén, el Verbo de Dios.

* El ángel de la Iglesia de Efeso es el catequista que anatematiza el mal, denuncia sin contemplaciones los falsos rostros de la piedad; educa en el deber; su constancia se ha demostrado sufriendo incansablemente por su Maestro. Pero sus «obras personales» han bajado; a fuerza de perseguir el mal en los demás se ha olvidado quizá de sí mismo.

«Vamos, recuerda de dónde has caído; arrepíentete, vuelve a tu conducta primera; si no te arrepientes, volveré para cambiar tu candelabro» (Ap. 2, 1-8).

* El ángel de la Iglesia de Esmirna está muy próximo a R. Jesús. Es el tipo de catequista-santo: pobre auténtico puede decir a los pobres que son los verdaderos ricos del Reino; perseguido y calumniado por los que le han oído predicar la verdad, merece ser contado entre los profetas que han sufrido por el nombre de Jesús; amenazado cada día con nuevas dificultades, sabe la seguridad del apoyo en la fidelidad de Dios.

Se le pide tan sólo que persevere en su conducta para merecer la corona de vida (Ap. 2, 8-11).

* El ángel de la Iglesia de Pérgamo representa el caso opuesto al de Efeso; irreprochable en su conducta personal, es débil frente al mal; no ha renegado de su fe; pero esto no basta para un testigo fiel. Por esto se le pide que «se arrepienta» para que el Maestro no se vea obligado a pasar en medio del rebaño como ángel exterminador, empuñando esa espada que tanto teme él manejar (Ap. 2, 12-17).

* El ángel de la Iglesia de Tiatira tiene cierto parecido con el de Pérgamo (tolera a la profetisa de perversión); sin embargo se destacan más los rasgos positivos: guarda el amor, la fe, la constancia y sus buenas obras crecen. Se le pide que por lo menos resista con firmeza hasta la vuelta del Maestro (Ap. 2, 18-19).

* En la iglesia de Sardes, la satisfacción del Maestro está más en una parte del rebaño que en el Pastor; caso anormal, pero posible, en que los catequizados «valen» más que el catequista.

No pude confiar en «los resultados» porque si él ha cultivado algo sólo Dios da el crecimiento.

Se ha dormido, como las vírgenes de la parábola: «Despierta, porque si no, vendré como un ladrón!» (Ap. 3, 1-6).

* El ángel de la iglesia de Filadelfia se nos muestra con una personalidad difusa. Pero ha guardado la palabra. Es el catequista sencillo que no traiciona su vocación; las tentaciones fáciles de «apostolados más brillantes» no han podido con su fidelidad al servicio de la Palabra (cf. Act. 6, 2-4): «Porque has guardado fielmente mi palabra yo también te guardaré a la hora de la tentación», como si el Maestro estuviera impaciente por mostrar su generosidad con este siervo sencillo y fiel y honrarlo ante quienes lo despreciaron: «Sí, les obligaré a que vengan a postrarse ante ti, hasta que reconozcan que te he amado» (Ap. 3, 7-13).

* El ángel de la iglesia de Laodicea parece más bien un discípulo discreto de Horacio; lo suyo es la «aurea mediocritas»; las salpicaduras del fuego que el Maestro desparramó para el mundo, hace tiempo que han dejado de crearle problemas; la sal no irrita ya su lengua... En justa correspondencia su mundo le mira bien: hombre comprensivo, ha sabido evitar los problemas que la intransigencia acarreó al ángel de la iglesia de Esmirna.

En cambio no sirve como testigo del Crucificado; por esto, según el estilo paradójico evangélico, él, que ha logrado asegurar su vida, recibe la amenaza violenta del rechazo definitivo (Ap. 3, 14-22).

CONCLUSION

...¿Será Dios «conservador» o «progresista»?... Es excesivamente fácil dejarse deslizar hacia el eterno «justo medio», una de tantas maneras de correrse, por más que no se quiera, hacia indefinidas tonalidades «burguesas», que no le van a Dios.

A través del contexto de la Historia de la salvación y gracias al mejor entendimiento del tema de la creación a nivel de teo-

logía y ciencia del s. XX (segunda mitad), creemos ver a Dios más bien como la fuente misma de todo progreso, el que constituyó el progreso como una exigencia fundamental de toda la dinámica de la creación.

Por otra parte, la misma Historia de la salvación muestra al creyente la existencia de un plan, una especie de tierra madre previa en la que se enraiza todo lo que acontece; la realidad no es un brotar de sorpresas totalmente imprevisibles, sino un desplegarse de hondas intuiciones entre los fuegos cruzados tan dispares de la profecía y de la ciencia...

En la agitación trágica, entre cierta adolescencia espiritual, cerrada en un progresismo exclusivo, y el envejecimiento intelectual, cerrado en un conservatismo exclusivo, se ofrece la figura de Rabbí Jesús, Maestro de madurez de la humanidad, educador de equilibrio: radicalmente fiel a su tiempo, a su pueblo, al mundo, a la Alianza, a Dios, a la incansable novedad de la vida de Dios...

Progreso y Tradición se abrazan en Cristo, el que a un tiempo era y ha de venir, el impulsador de toda semilla hacia su propia madurez pero que no rompe ninguna de las líneas tensas desde lejos hacia la vida, el que construye el Nuevo Testamento sin pisotear un solo «iod» de la Torah.

Pero ¿qué puede hacer un catequista ante la complejidad del problema? Debe conjugar en un solo sentido de fidelidad aspectos de la misma en apariencia inconciliables: fidelidad a su mundo, a Dios, a una jerarquía precisa, a unos catequizandos hijos de su situación concreta...

Citaré dos textos como respuesta:

«Esto es imposible para los hombres pero, para Dios, todo es posible» (Mt. 19, 26). No intento rehuir el problema sino señalar el único camino de solución, ofrecido por Jesús: «El que me sigue no caminará en tinieblas» (Jn. 8, 12).

Sí, permanecerá en tinieblas quien no acepte el magisterio del único Maestro, de Rabbí Jesús. Lo trágico para el mundo es que las tinieblas son generadoras de miedo y el miedo, de agresividad.

LITURGIA Y PASTORAL

A) CELEBRACIONES DE LA PALABRA DE DIOS

Colección de folletos 18 x 13,50 cms., sumamente práctica para Celebraciones de la Palabra, novenas, lucernarios, asambleas, catequesis, etc. Cada folleto suele versar sobre un solo tema. He aquí el Índice de materias de las Celebraciones publicadas hasta la fecha. Las cifras corresponden al número de orden de publicación.

Acción de gracias: 51.
Adviento: 2, 8, 28, 29, 33, 34.
Ascensión: 4.
Catequesis: 26, 31, 32.
Corpus: 20.
Cuaresma: 11, 26, 27, 42, 43, 44, 49, 50.
Emigración: 12.
Espíritu Santo: 54.
Fiestas del Señor: 27, 39.
Iglesia: 3, 10, 52.
Jóvenes: 38.
Jueves Santo: 5.
Laudes y Vísperas: 46, 53.
María: 10, 45, 47, 48, 53, 56.
Misiones: 52.
Navidad: 29, 37.
Nochevieja: 35, 36, 51.
Palabra de Dios: 1, 2, 26.
Pascua: 9, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 40.
Penitencia: 11, 49, 50.
Pentecostés: 3.
Peregrinos: 17, 41.
Ramos, Domingo de: 42.
Reino de Dios: 39.
Santos: 6.
Semana de la Unidad: 7, 30.
Vacaciones: 32.
Vía Crucis: 43, 44.
Vocacionales: 21, 22, 23, 25, 51.

B) CANTEMOS AL SEÑOR (16.ª edición)

Es el cantoral del pueblo cristiano. Bajo la dirección de J. Rodríguez Medina y T. Aragués, con la colaboración del Instituto Pontificio San Pío X, Hechos y Dichos y PPC, y el patrocinio del Instituto Superior de Pastoral de Salamanca-Madrid.

Se ajusta a los criterios de la Pastoral moderna en lo concerniente al TEXTO (sobriedad, inspiración bíblico-litúrgica) y a la MÚSICA (sencillez y popularidad, sin renunciar a la calidad artística).

C) FICHAS Y FOLLETOS DE CANTOS RELIGIOSOS

Estas fichas pueden considerarse como el inicio de la renovación litúrgica en los países de habla castellana. Constituyen el complemento musical de CANTEMOS AL SEÑOR: Melodías y acompañamientos. La colección completa rebasa ya las 600 fichas, y los ejemplares tirados, varios millones.

Se pueden adquirir sueltas o por suscripción. Servimos todas las fichas que llevan *sigla*, de cualquier Editorial: PPC, Hechos y Dichos, Jordán, Hogar del Libro, Centro de Pastoral Litúrgica de Vitoria, Sánchez Loro, Olabarri, Erdozain, etc.

He aquí las SIGLAS y las correspondientes fichas publicadas:

A: Cantos de entrada: 34 fichas.	M: Pascua-Ascensión: 24.
B: Cantos de Ofertorio: 21.	N: Pentecostés-Iglesia: 20.
C: Doxologías: 7.	Ñ: Difuntos: 18.
D: Cantos de Comunión: 25.	O: Fiestas del Señor: 9.
E: Cantos de Acción de Gracias: 20.	P: Fiestas de la Virgen: 67.
F: Salmos: 141 fichas.	R: Angeles y Santos: 7.
G: Cantos Bíblicos: 36.	S: Día del Señor: 22.
H: Eucaristía: 9.	T: Papa, Parroquia: 1.
I: Sacramentos: 8.	V: Aclamaciones, Letanias: 25.
J: Adviento: 22.	X: Cantos varios: 5.
K: Navidad: 24.	Y: Misas (ordinario): 19.
L: Cuaresma-Pasión: 40.	

D) FICHERO DE CANTOS MODERNOS

Acaba de iniciarse esta publicación, complemento de los Cantos religiosos. Las melodías son modernas o actualizadas, con acompañamiento de guitarra, batería, etc., según los casos. Comprende cantos religiosos y profanos, que se publican de acuerdo con un Temario decimal adoptado. Se sirven sueltas y por suscripción. Los suscriptores tienen derecho a la reducción del 20 %.